

El Silencio del Sabio

Jorge Alberto Naranjo Mesa

EN RECUERDO DEL PROFESOR JORGE MEJIA RAMIREZ

1. Como casi todos los alumnos recién ingresados en la Escuela de Minas, temblábamos con sólo pensar que tarde o temprano debíamos matricularnos en los cursos del Peludo.

El cúmulo de leyendas tejidas en torno a sus cursos, a sus exigencias, a la dificultad de sus exámenes, era impresionante. “Hace dos semestres —nos decían— sólo le ganaron seis de treinta, el pasado siete de veinticinco”. O bien: “vea ¿usted conoce a Chamaco? —y lo señalaban, por donde anduviera el Chamaco— ese Chamaco ha perdido tres veces Cálculo con el Peludo, dos veces Cálculo II y una Cálculo III”. Y cualquier ingeniero de la Escuela preguntaba a un estudiante: “¿ya fue alumno del Peludo?” como para formarse un criterio.

Por lo demás, al semáforo de la setenta con Colombia, entre el Tambo de Aná y el Jardín Pilsen, lo llamaban “el Peludo”: pasaban dos, tres autos, y ninguno más pasaba.

2. Para nuestra fortuna tuvimos tiempo de prepararnos psicológica e intelectualmente antes de ser sus discípulos. Y cuando fuimos tales nos pareció que la leyenda en torno del Peludo era bastante injusta. Pues, si era claro al exponer los temas de Cálculo y Mecánica, si desarrollaba exhaustivamente los ejemplos, si sus diagramas eran dibujos estéticamente llenos de armonía y orden, ¿por qué no iba a exigir de los estudiantes? Y sus exámenes eran más ejercicios de paciencia que pruebas de dificultad. Y era hermoso resolver un examen, y ganar. Hasta un honor callado.

Además no eran tantos los que perdían. En todo caso no tantos como decían las vagas lenguas de los que asustan primíparos. Chamaco no estudiaba casi, creía en la ciencia infusa.

3. Eran famosas las clases del Peludo sobre las integrales elípticas, las funciones gamma y beta de Euler, las series de Taylor, el Jacobiano. Había integrales que, por su dificultad, y sobre todo por la paciencia que exigía resolverlas, se llamaban, en nuestra jerga, integrales del Peludo. Era, ahora lo entendemos, el homenaje de los aprendices al Maestro en Cálculo Integral.

4. Caminaba muy despacio, las manos metidas en los bolsillos, los libros bajo el brazo, un cigarrillo invariablemente puesto en la boca, eterno desafío a la gravedad. Atravesaba los corredores de la Escuela sin mirar a nadie, sin saludar a nadie, excepto, tal vez, a un colega; ensimismado hacia el salón de clase, su lugar de oficio. Puntual —pasaron años sin que faltara a una clase—, metódico, reconcentrado, llenaba y llenaba tableros, la mano izquierda en el bolsillo, el cigarrillo en la boca; escribía y escribía, sin mirar a nadie salvo sus signos, deteniéndose apenas una que otra vez a mirar el conjunto de la Obra. Iba hablando sin que, hasta donde se sabe, se le hubiera caído nunca el cigarrillo de los labios.

Apenas si oía las preguntas. Le parecía falta de disciplina preguntar por lo que uno podía resolver por sí mismo. Se notaba su molestia al responder trivialidades. Pero si uno tenía cuidado al formular una pregunta, si respondía a sus exámenes, el Peludo explicaba con gusto, se alegraba. Allá, tras de las gafas gruesas, sus ojos brillaban un instante. Y sus arrugas increíbles —La M profunda escrita en su frente— ya no asustaban.

5. Era, como al margen de todo, un hombre solo. Tenía un perro, un carro viejo, una vida apacible. Y sobre todo, tenía la Escuela de Minas, como se puede tener aquello que uno vivifica por decenios con su laboriosidad. Alguno de nosotros lo definió como un monje. Y los demás asentimos, porque entendimos bien, sin beatería. Hay una dicha que sólo está al alcance de los sabios, hay un silencio del sabio, una soledad, que son la más preciosa conquista accesible a los mortales. Y hay Obras, para crear y recrear en el retiro de la Contemplación.

6. Recreó, fascinado los caminos matemáticos de Euler. Corrigió una fórmula de Lagrange. Sin duda la matemática y la física modernas lo fueron excediendo. Hay no se sabe qué sabor arcaico en la matemática de don Luis de Greiff, del Peludo Mejía. Pero ¿quién se los reprocharía, sin que fuera estulticia? Es cierto que produce melancolía ver que don Luis de Greiff se construyó su propia tabla de senos y cosenos, o que el Peludo pudiera emplear varias horas en resolver una integral, en esta época de calculadoras y tablas de integrales, en esta época de álgebras lineales, y espacios de Hilbert y mecánicas cuánticas. Sin embargo, si se quiere ser ecuánime para valorar sus trabajos, conviene tener presente aquello que Heisenberg afirmara alguna vez:

“y si estudias física, habrás de
construir primero, tras largo y penoso
esfuerzo, aparatos que ya fueron

realizados por otros, o realizar reflexiones matemáticas que ya fueron pensadas con anterioridad de modo extraordinariamente agudo. Cuando todo esto está logrado, nos queda, en cuanto pertenecemos a los carreteros, el constante trato con música espléndida y, de vez en cuando, una interpretación bien lograda”.

Ellos, don Luis de Greiff, el Peludo Mejía, fueron carreteros que conocieron todas las músicas de la matemática de la Epoca Clásica, que supieron transmitir y escribir, de vez en cuando, sus propias partituras, sobrias y bien logradas interpretaciones. Maestros carreteros, obreros de la Ciencia. Y eso basta para los que son discretos.

7. El Señor de las Matemáticas los tenga en lugar sereno. Ahora que el Peludo ha muerto, y como un testimonio de gratitud de sus miles de discípulos, es de justicia que bauticemos un aula con su nombre, una de las muchas en que dictó sus clases en el hermoso edificio de Minas. Esté donde esté, al viejo le brillarán los ojos, y sonreirá en silencio.